

El Dinero y el Psicoanálisis

Por: ENRIQUE GUARNER

SE considera al dinero como el medio para efectuar los intercambios económicos pagando por los objetos. Asimismo sirve como modelo que establece el valor de los bienes que existen en el mercado. Por lo tanto, la moneda constituye un sinónimo del circulante y de lo que se considera como reservas o depósitos de cualquier país.

En la Edad de Piedra la necesidad de canjear excedentes dio paso al trueque. Es decir, si alguien poseía una vaca que le sobraba y deseaba cambiarla por cuatro puercos, tenía que emprender un largo camino para encontrar a la persona dispuesta a realizar la transacción. De esta manera se estableció el primer tráfico dentro de la economía natural por medio de equivalencias que se pudieran considerar como recíprocas.

Debido a las múltiples complicaciones que la operación acarrea tuvo que crearse el dinero como «una costumbre simbólica de aceptación colectiva». Además valiéndose de esta permuta se adquiría la certeza de una nueva inversión en un área económica diferente.

En las épocas prehistóricas la mayoría de los intercambios de compraventa se efectuaban con animales, por lo que posteriormente fueron conocidas con las palabras latinas «pecunia y peculium», las cuales se refieren al ganado. Es más, la riqueza de cualquier persona se cuantificaba de acuerdo con el número de bovinos u ovinos que les pertenecieran. Otros elementos cotizados fueron las armas, las prendas de vestir, los artículos de arcilla y la sal, los cuales se canjearon fácilmente por objetos de adorno personal como eran los anillos, dientes de perro o jabalí, los cráneos y discos de piedra. Todos ellos se atesoraban escondiéndolos en lugares seguros. El ejemplo

de este sustituto monetario puede verse en el mercado de Tenochtitlan donde podía esconderse el grano de cacao disponible.

Fue en el valle que formaron el Tigris con el Eufrates donde se construyeron torres gigantescas para alcanzar al cielo y se relacionó al sol con el oro y la luna con la plata. De aquí nació la fe en estos metales, la cual subsiste hasta nuestros días. Los sacerdotes de Babilonia que seguían el curso de los planetas y estrellas para predecir el futuro eran buenos matemáticos y basándose en la relación que guarda el año solar con los meses lunares establecieron la correspondencia del oro con la plata en 3.5. A partir de entonces aquel que deseaba pagar alguna mercancía tenía que seguir estos valores pesando los dos metales en una balanza.

Entre los egipcios los intercambios comerciales no se verificaban por medio de dinero constante y sonante, sino que se introdujo una forma de crédito, o la que conocemos en el mundo moderno como la letra de cambio. El acreedor se servía de la garantía para satisfacer cualquier demanda y la moneda se utilizaba solamente para mantener las necesidades vitales.

El sistema monetario griego se basó en la división sexagesimal babilónica utilizando las cifras siguiente: 1 talento equivalía a 60 minas. 1 mina valía 50 estáteras, o sea, 100 dracmas. Esta última unidad era muy apreciada pues compraba una oveja o una fanega de trigo. Las conquistas de Alejandro Magno llevaron a establecer la dominación macedónica en casi todo el mundo civilizado. Incluso la moneda persa conocida como «el dario» fue transformada con la efigie del héroe y circuló durante varios siglos.

Alrededor del año 269 antes de J.C., Roma comenzó a acuñar piezas de plata las cuales se denominaban denarios imitando al dracma griego. Ellas reproducían temas mitológicos como a Hercules o a la loba amamantando a Rómulo y a Remo. Esta moneda siguió el paso de las legiones y se usó en todas las tierras conquistadas. Clínicamente Julio César llegó a afirmar: «Con dinero se tienen soldados y con ellos se roba el dinero». Sus éxitos militares llevaron al caudillo a imponer su efigie en las monedas de oro a las que se conoció como «los aureos».

Con la decadencia y división del imperio romano apareció primero la inflación y posteriormente las devaluaciones que se manifestaron con nuevas aleaciones de la plata con el cobre y finalmente el predominio de este último.

El descrédito en que fueron cayendo las monedas europeas desencadenó el que en la Edad Media reapareciera el trueque. También alcanzó su auge la Alquimia, la cual tenía por objeto transformar cualquier metal en oro.

Esta misma mística se mantuvo con el descubrimiento y conquista de América, puesto que la meta principal era encontrar imaginarios ríos auríferos. La realidad es que lo que verdaderamente se incrementó en el mundo fue la plata. Desafortunadamente la mayor parte de este dinero no fue usado en beneficio del pueblo, sino en las guerras religiosas.

Desde fines de la Edad Media proliferaron los Ban-

cos, que inicialmente eran encomendados a personas que se sentaban detrás de una «banca» y que portaban una balanza para pesar el oro, la plata y el cobre que circulaban por entonces.

El dinero se hizo patente con los inicios de la revolución industrial y antes de morir el Cardenal Richelieu exclamó: «El oro y la plata son los auténticos tiranos de este mundo y aunque su dominio sea ilegítimo, tenemos que someterlos a él». Por otra parte el filósofo inglés John Locke dijo: «El oro y la plata permiten adquirir las dulzuras de la vida porque su posesión engendra poderío».

El papel moneda más antiguo que se conoce procede de China donde circuló desde el año 650 antes J.C. imitando los billetes de cuero los cuales simbolizaban el trueque con las pieles de animales. En occidente el primer dinero de este tipo fue introducido a mediados del siglo XVII en Suecia. Fue el Banco de Estocolmo el que después de la guerra de Treinta Años se vio en la necesidad de simbolizar el dinero utilizando unidades sin verdadero valor metálico.

Como consecuencia los demás países aprovecharon cualquier coyuntura y decretaron el uso de un tipo de moneda que carece de validez material. En el «Fausto» de Johann Wolfgang Goethe se nos dice que es Mefistófeles, el hijo del infierno, el inventor del billete bancario, lo cual es perfectamente real puesto que por medio del mismo se producen las inflaciones, deflaciones y finalmente las devaluaciones.

A partir del siglo XIX se llevaron a cabo los convenios monetarios internacionales dictándose las leyes sobre el valor mundial de las monedas y fueron los Estados los encargados de informar a sus pueblos sobre la situación económica dentro de la cual vivían.

Al contrario de las economías individuales que son determinadas por los ingresos y gastos, los gobiernos pueden llevar a cabo la impresión de los billetes determinando la inflación, la cual sufren los habitantes del país. Además resulta la Administración la encargada de los impuestos y de organizar las aportaciones colectivas, aspecto que en general se maneja en forma arbitraria.

El presupuesto de la nación en un periodo determinado debería efectuarse con exactitud y ser manejado por el Banco Central y el secretario de Hacienda, además de ser aprobado parlamentariamente y nunca como ocurrió en México desde 1970 hasta 1982 a capricho del Presidente de la República.

Aspectos Psicológicos

Como hemos visto a lo largo del artículo el dinero es un elemento simbólico y la actitud natural sería verlo como un medio para obtener satisfacciones y no como algunos piensan la finalidad de la vida. Al gastarlo se adquieren objetos que cubren las necesidades y deseos proporcionando placer y confianza. El individuo normal se da cuenta que al poseerlo alcanza sus metas importantes. Por esta razón el psicoanalista Otto Fenichel dijo que si uno era racional no perseguía hacerse rico, sino llegar a cubrir los requerimientos de los suyos. No obstante, un número importante de personas atesoran el dinero sin reflexionar en

objetivo alguno, sino con el propósito de acumularlo.

En realidad, no todos tenemos las mismas oportunidades de ganar dinero porque siempre resultará mayor el porcentaje de desposeídos que apenas cubren sus necesidades primordiales. Aunque esta situación debería desencadenar una rebelión masiva, la paz social se mantiene por la fuerza o por la llamada justicia penal. En forma habitual los ricos aseguran que la pobreza se deriva de la ociosidad, porque el proletariado que trabaja intensamente puede alcanzar la opulencia, cosa que sucede en poquísimas ocasiones.

Psicológicamente la abundancia de dinero disminuye la angustia y aumenta la seguridad en uno mismo, incrementando por lo tanto la autoestima. Esto se puede observar fácilmente cuando algún acudado pierde parte de la fortuna y en seguida reaparece su ansiedad. Los psicoanalistas sabemos que este síntoma no era tan actual como pretendía el sujeto porque se remonta a la infancia. Esto ha sido demostrado en los numerosos estudios acerca de la falta temprana del cariño materno, donde el niño se compensa acumulando los objetos que lo rodean. Es por ello que al llegar a la etapa adulta la persona atesora sustituyendo el afecto del que se careció.

Cabe agregar que la figura paterna también juega un papel esencial porque al ser el responsable de proveer al hogar y trabajar en forma excesiva, puede adoptar una posición autoritaria e impedir el goce de los miembros de la familia.

Otro motivo en la búsqueda de dinero parte de un deseo por el poder. El psicoanalista Sandor Rado señalaba que durante los comienzos de la vida el niño se siente omnipotente y que el sentimiento cede al ver como la realidad impone límites. El deseo de volver a adquirir cierta supremacía persiste a lo largo de la vida y el capital representa un suplemento YOICO, porque se convierte en la extensión de uno mismo, además en el sexo masculino el dinero se relaciona con la virilidad y se transforma en un sím-

Muchas personas al perderlo sienten una especie de castración simbólica y hasta muestran debilidad en la erección.

Al trazar las raíces de la palabra «posesiones» Otto Fenichel encontró que se derivaba de «aquello sobre lo cual uno se sienta». La idea es adecuada puesto que otro psicoanalista Karl Abraham había observado como su perro solía acostarse sobre los huesos que había escondido.

Por último vale la pena recordar aquí la famosa fábula de Esopo donde se nos cuenta que un avaro vendió cuanto poseía y lo convirtió en un lingote de oro. Inmediatamente lo enterró en un jardín y visitaba diariamente el lugar para verlo a distancia. Sin embargo, alguien descubrió el escondite apropiándose del tesoro. A partir de esa fecha el usurero entró en un estado melancólico hasta que un amigo le sugirió que sepultara una piedra que sustituyera al lingote y que pensara que el metal aurífero seguía estando allí. En realidad el hombre tenía razón puesto que la mayor parte del dinero que existe resulta imaginario y no tiene uso alguno que beneficie a nadie.